

CRISIS DEL CAPITAL Y MOVILIZACIONES SOCIALES: HERRAMIENTAS DESDE AMÉRICA LATINA PARA A LA CONSTRUCCIÓN DE UNA PAZ SOSTENIBLE EN COLOMBIA

Por Janeth Restrepo Marín¹.

Recibido: 15/02/2013 Revisado 21/08/2013 aceptado 23/10/2013

Resumen.

La idea de una Colombia que está construyendo paz en medio de la guerra, ha generado sentimientos encontrados y en constante tensión que van desde el escepticismo hasta la esperanza; siendo un aspecto más que sensible la negociación con la guerrilla de las FARC quien ha sido históricamente construido como el enemigo interno. Independientemente de las críticas levantadas contra el modelo de paz que está siendo discutido en la mesa de la Habana entre Gobierno Nacional y FARC, lo cierto es que el país ha iniciado la preparación para un escenario en posconflicto. Desde esta proyección, el presente artículo plantea como reflexión que la construcción de una paz duradera requiere el desmonte de la concepción del enemigo interno y el cambio de la actitud estatal de enfrentar los conflictos sociales desde la represión.

Palabras clave. Conflicto armado, paz duradera, enemigo interno, represión social.

Abstract

The idea of a Colombia that is building peace through war, has generated mixed feelings in constant voltage ranging from skepticism to hope; be a more sensitive negotiations with the FARC guerrillas who have been historically constructed as the enemy look. Despite the criticisms leveled against the model of peace that is being discussed at the table of Havana between national government and FARC, the truth is that the country has begun to prepare for a post-conflict scenario. From this projection, this article presents reflection and building a lasting peace requires the dismantling of the concept of the enemy and the change of government attitude to face social conflicts from repression.

Keywords. Armed conflict, lasting peace, enemy, social repression.

1. Docente Investigadora Universidad de San Buenaventura Medellín Colombia, integrante comité Editorial Revista Kavilando. janeresma@yahoo.es

[...] no se puede dominar algo o tener la supremacía si no se empieza desde la conciencia. Es decir, la idea es que lo importante es transmitir y universalizar una acción del mundo y esa visión contempla tanto aspectos simbólicos, ideológicos, culturales como materiales. Es entonces la visión del campo de batalla, de la competencia, la visión del progreso que tiene implícita la guerra, pero la guerra no tiene solamente una vertiente militarizada o bélica sino que es guerra económica y cultural.
(Esther Ceceña, 2014)

La construcción de la paz sostenible no va ligada solo a la desmovilización de un grupo armado por más tradicional que éste sea y por más fuerza militar que haya podido acumular a lo largo de su historia, caso específico con las FARC. Una paz duradera exige cambios en las formas de gobierno y en concreto, para Colombia, de comprender y resolver de una manera distinta a la tradicional los conflictos sociales, aspecto fundamental para el fortalecimiento de la democracia. Esto ha sido evidenciado en la irrupción de luchas, reivindicaciones y propuestas que desde diversos movimientos sociales (campesinos, mineros, indígenas, entre otros) han emergido en los últimos años en Colombia, demandando profundos procesos de cambio que propendan por sociedades más justas, igualitarias y capaces

de contribuir al desarrollo del país desde la inclusión de sus alternativas y visiones de territorio y territorialidad. Retos que en Colombia gozan de mayor complejidad dada la deuda histórica que tiene el país con el campesinado y las minorías étnicas debido a su exclusión social y política. Situación que fue agudizada con la guerra ya que ha sido la ruralidad la que mayormente ha sufrido la violencia sistemática del conflicto armado prolongado, en el que han participado diversos grupos armados, incluyendo la fuerza pública, con respaldo de grupos económicos y políticos.

En línea con lo anterior, proponemos como reflexión que una paz duradera en Colombia enfrenta dos retos principales propios de nuestro proceso histórico: la deconstrucción del enemigo interno y el tratamiento de los conflictos sociales desde la represión. Reflexión que proponemos tomando como punto de inflexión las diversas fuerzas antagónicas que en representación de sectores poblacionales como el campesinado, víctimas del conflicto armado, minorías étnicas y pequeños mineros han emergido en la escena pública desde el año 2013, hasta la actualidad. Considerando que estos son grupos históricamente excluidos, la construcción de una paz duradera plantea como principales retos la reconstrucción del tejido social, la recupera-

ción de la legitimidad institucional, la reparación integral, la reconstrucción de la memoria histórica y el cambio del modelo de desarrollo que ha privilegiado el país. Aspectos que vienen discutiéndose, no sin generar tensiones, en la Mesa de Negociación de la Habana.

Es en este sentido, que este artículo plantea como eje de reflexión que la construcción de una paz sostenible exige una reconceptualización del concepto de insurgencia que ha sido comprendido desde la amplitud histórica del enemigo interno bajo la influencia de la geopolítica de la seguridad nacional de los Estados Unidos, extendida en América Latina en los años sesenta; utilizando como canales para la imposición de su dominación la teoría de la seguridad nacional que posibilitó la represión militar y la implementación del modelo económico neoliberal.

Para el sociólogo Daniel Ferristein (2009), la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN) generalizó el ambiente de represión en toda América Latina, siendo su característica común el aniquilamiento en masa de la población. Mirada que complementa la también argentina Inés Izaguirre (2004), cuando establece una relación directa de la aplicación de la DSN con la imposición de un nuevo orden social a fin al capitalismo en el que sería calificado como “amenaza” cualquier “germen

de insurgencia ideológica anticapitalista” (Izaguirre, 2004: 92). Lógica también desarrollada por Naomy Klein (2007) en su tesis de la doctrina del shock, cuando plantea que por medio de la represión y el control social se reorganizó a la sociedad en conformidad con la economía neoliberal; sistema socio-económico que desde los años setenta se perfiló como el derrotero del nuevo orden mundial.

Pensando en la concepción del enemigo interno en Colombia, Francisco Leal (2002) sostiene que la construcción de éste va más allá de la guerrilla en tanto el aporte específico de la doctrina fue el de “enfocar un solo enemigo, estigmatizarlo y diferenciarlo de los demás pero, sobre todo, le proporcionó razón de ser institucional al calificativo de enemigo para cualquier persona o grupo sospechosos de ser comunista” (Leal, 2002:28). Aspecto que estimuló el escalonamiento de la violencia política en el país desde 1978 bajo el gobierno de Turbay Ayala cuando se institucionalizó resolver “el problema del orden público” bajo medidas represivas.

En Colombia, la visión de resolver los conflictos sociales des-

de la represión y el considerar como insurgente a todo aquel que propendiera por un orden social distinto al capitalista, va estrechamente relacionada con la no resolución del problema agrario, una de las causas estructurales del conflicto armado que mezcla luchas histó-



ricas del campesinado por la distribución de la tierra y por su reconocimiento político. En la práctica, el conflicto agrario fue leído desde la institucionalidad y los grupos locales de poder como un componente insurgente que se erigía en contraposición al afianzamiento

de *statu quo*. Dicha lectura, afín al orden mundial capitalista, posibilitó la promulgación de marcos normativos favorables a la exclusión del campesinado, la represión de los movimientos campesinos y sociales, y a la legitimidad estatal de grupos paramilitares que emergieron como defensores del *establishment*.

Como resultado de lo anterior, resaltamos la centralidad de la violencia armada del paramilitarismo y la fuerza pública en la ruralidad, que han traído como consecuencia la degradación del bienestar del campesinado, poniendo en riesgo la misma pervivencia de este grupo poblacional; evidenciado en su desplazamiento forzado a las grandes ciudades donde pasan a ocupar los grandes cordones de miseria. Sobre lo anterior, Alejandro Reyes (2009) propone que el Estado contribuyó en la agudización de la violencia

en Colombia al tomar la decisión, desde los años setenta, de enfrentar el conflicto social desde la violencia” y con “la persecución de los líderes campesinos que fueron tratados ‘como subversivos del orden establecido’” (p.2).

Siguiendo el anterior marco explicativo, este escrito propone como reflexión que la construcción de una paz sostenible demanda a la institucionalidad la necesidad de que las movilizaciones actuales de los grupos históricamente excluidos escapen a las denominaciones de terrorismo o insurgencia, y sean leídas como movilizaciones sociales en defensa a permanecer en sus territorios con una visión de vida distinta a la ofrecida por la visión del progreso material del capitalismo. Desde esta lectura, las tensiones entre comunidades organizadas y el gobierno por la implementación de megaproyectos agroindustriales, mineros e hidroeléctricos, por ejemplo, se transforman en luchas de dos visiones del mundo contrarias: la una capitalista y la otra desde lo que conceptualmente se ha llamado en América Latina como el buen vivir, entendido como un proceso contrahegemónico (Larrea, s.f. Disponible en línea en <http://www.redeplan.info/documents/10157/19677/AnaMaria-Larrea.pdf>). Bajo este lente de comprensión, el conflicto asume dos posiciones y/o posibilidades: las formas de entender el territorio y la territorialidad desde las comunidades campesinas en contraposición a la visión de la institucionalidad y élites del poder local que entienden los recursos naturales desde la óptica del progreso, basado en su explotación, en

tanto materia prima, para dar continuidad al crecimiento económico.

De esta manera, y ante las discusiones actuales de un posible declive de la hegemonía del modelo económico capitalista, por un lado, y del fortalecimiento a nivel mundial de grupos de presión ante el deterioro del planeta, por el otro, han ido tomando fuerza cosmogonías de mundo más cercanas a los pueblos ancestrales que hacen un llamado a la armonía con la naturaleza y a formas de producción en comunidad como lo es el Buen vivir. Siguiendo un enfoque geopolítico puede argumentarse que en las protestas y movilizaciones sociales que tendrán lugar en un escenario de posconflicto en Colombia, recursos naturales como el agua, los minerales y la tierra cultivable, que ponen en tensión la visión del progreso capitalista e integra aspectos simbólicos, ideológicos, culturales y materiales, así como la noción misma de territorio y territorialidad, serán dispositivos generadores de diversos conflictos. En este escenario tendremos de nuevo como actores principales al campesinado que se resiste a perder su identidad, asociada con el arraigo al trabajo de la tierra; defendiendo lo que consideran suyo: su tierra, sus convicciones, sus sentidos de la realidad. Este sentir encuentra conexión con lo que está ocu-

riendo en otros países vecinos como Bolivia y Ecuador con la cosmovisión de la tierra sin mal (el buen vivir) heredada de los quichua y aymara.

Como reivindicación histórica, el buen vivir es un cuestionamiento al sistema capitalista en tanto propone un orden social distinto al hegemónico, haciendo un llamado por la creación de “nuevos sistemas de vida, nuevos modos de ver el mundo, nuevos sistema de organización social en complemento con la naturaleza. Es decir, una organización social pensada incorporando la vida en su conjunto y no solamente una sola forma de vida” (Ceceña, 2014, en <http://www.croniconet/paginas/edicanter/Ediciones97/nota01.htm>). Desde un análisis regional, el Observatorio geopolítico latinoamericano define el buen vivir como una de las propuestas de visión del mundo que ha venido avanzando con fuerza en América Latina, resaltando que es una cosmovisión que emerge de las culturas sobrevivientes al capitalismo. Visto así, más que “una guía de acción, es siempre un horizonte lo que implica principios de organización social” (Ibídem).

Siguiendo el análisis geopolítico en el que toda competencia es una competencia por la distribución del poder, la directora del Observatorio, Esther Ceceña llama la atención de que “cuando es la competencia la que traza la ruta se está

en un campo de batalla” siendo la competencia la negación del otro. En contraposición a esto, la tierra sin mal recupera el nosotros que establece como ruta no la competencia ni la destrucción del otro sino el reencuentro con ese otro para tener fuerza. Ceceña concluye que “siempre la fuerza está en esa articulación de visiones, de esfuerzos, de energías, en consecuencia, entre más, somos mejores y ni siquiera somos la suma de las partes, somos mucho más que ello (Ibídem).

La tierra sin mal emerge como memoria de resistencia que reactualiza el antagonismo entre grupos poblacionales que culturalmente no han sido influenciados por la visión del mundo capitalista o que se han resistido a ella; entrando en tensión la concepción sobre el territorio y la territorialidad, opuestas a la visión de las élites locales que siguen y respaldan la visión hegemónica del mundo. Esto, en la práctica, se ha visto reflejado en diversas confrontaciones entre decisiones de orden gubernamental y los proyectos de vida de las comunidades en sus territorios como ocurre en Colombia con la locomotora minera o con el megaproyecto hidroeléctrico pescadero-Ituango. Es en esta línea que Esther Ceceña propone que lo que se está cuestionando hoy en día es justamente el modo de vida capitalista basado en la depredación de la

naturaleza, aspecto que puede evidenciarse en

“la irrupción de los pueblos originarios, de los ambientalistas, las conciencias de un tipo o de otro, que están preocupados por la depredación y aniquilación de la vida en el planeta y están planteando revueltas en el pensamiento desde algo que aparece como exterior al propio sistema. No se trata de si la manera es americana, europea, u oriental, todas son depredadoras y por lo tanto hay un cuestionamiento general al sistema” (Ibídem).

Un ejemplo más que ilustrativo de la competencia actual por los recursos naturales es la estrategia de militarización que ha expandido los Estados Unidos en América Latina para defender su posición hegemónica ante el declive del sistema capitalista, encerrado al subcontinente, rico en recursos naturales y terreno fértil de propuestas contrahegemónicas, con la ubicación de 77 bases norteamericanas que se encuentran en la actualidad rodeando el hemisferio. Dominio militar que es utilizado como demostración de fuerza y para la represión de la protesta; siendo el control de esta última de vital importancia en tanto lo que se busca controlar es la expansión geográfica de otras formas de entender el mundo. Una explicación de ello

lo ofrece Ceceña (2014) cuando afirma que aparte del control del acceso a los recursos, lo que importa es el control de la insurgencia entendida en su sentido amplio, es decir,

Controlar a todos los que están queriendo procesos diferentes o las comunidades que se están organizando para que no se abra una mina, frenando todo aquello que se sale de la lógica sistémica y que está tratando de rechazarla [...] Si bien la militarización tiene esa vertiente muy visible de las bases, es mucho más importante la militarización soterrada que está tanto en los cambios de leyes y normativas como en los cambios de la mentalidad social (Ibidem).

El campo de batalla no tendría entonces como símbolo las bases militares sino la búsqueda de reprimir esas otras visiones de mundo que emergen como posibilidad. Para obstaculizar que los pueblos se reconozcan, se articulen, ganen la fuerza del nosotros, se crean estrategias como la guerra preventiva buscando tener el poder de destruir todo aquello que emerja como posibilidad. En esta lógica de dominación ha sido clave el apoyo de Colombia tanto por sus recursos como por su ubicación geoestratégica que es única con respecto a la del resto de países. Un indicador de ello son las siete bases militares que desde el 2009 están en

nuestro territorio distribuidas geoestratégicamente y la reciente Alianza del Pacífico que es leída desde el observatorio latinoamericano de geopolítica como un corredor de seguridad para los Estados Unidos y por tanto de riesgo para los procesos de emancipación que han emergido en Suramérica y que han venido siendo impulsadas desde gobiernos progresistas que buscan reconciliar la visión del mundo de las comunidades primitivas con la concepción del Estado moderno. De hecho no ha pasado desapercibido en la región lo que ha venido ocurriendo con países como Ecuador o Bolivia cuyos gobiernos se declaran progresistas en el sentido de buscar legislar de una manera distinta a la hegemónica como forma de reconciliar lo político con las visiones de mundo de los diversos grupos que están asentados en el territorio, especialmente los pueblos ancestrales.

En el sentido anterior, nuestra hipótesis es que los modos de resistencia territorial son nuevas formas de organización que exige la creación de nuevos esquemas de negociación desde el Estado diferentes al modelo tradicional de la represión. Se propone que comprender las formas de resistencia desde el buen vivir, posibilita la supresión doctrinaria de ver el nosotros desde la concepción del enemigo interno; transformación necesaria para la cons-

trucción de una paz duradera. También posibilita prevenir efectos mayores sobre el campo colombiano en cara al TLC previniendo los impactos que este tipo de tratados tuvo sobre la ruralidad mexicana como ha sido la desestructuración de las comunidades rurales y semi-rurales debido al cambio en la tenencia de la tierra y a la proliferación de grupos ilegales que han distribuido en el territorio el miedo como dispositivo de control hacia las poblaciones más vulnerables. La contracara de esta situación es que en medio de un aparente caos, siguen fortaleciéndose los grupos del poder económico y los dueños de las tierras, gracias al control de los territorios y sus poblaciones, todo lo cual apunta a crear un reordenamiento social en función de lógicas capitalistas que buscan mantener el dominio protegidos por la generación de la violencia, cambiando completamente la territorialidad y bloqueando la emergencia de otras visiones de mundo distintas a las de la competencia y la depredación. ¿Y si es éste el escenario hacia el que estaría virando Colombia, de qué sirve hablar hoy de paz y de postconflicto? ¿No sería acaso todo ello una forma de transición de un conflicto armado interno a una especie de guerra preventiva en la que las visiones de mundo que propenden por el nosotros en convivencia con la naturaleza, convierte a sus promulgadores

en potenciales subversivos? No tenemos respuestas para estas preguntas, pero que sean éstas motivo para seguir reflexionando, cuestionando. Y para animarles a hilvanar conjeturas, cerramos estas páginas con un aparte de la cita que utilizamos como epígrafe de este artículo: “[e]s entonces la visión del campo de batalla, de la competencia, la visión del progreso que tiene implícita la guerra, pero la guerra no tiene solamente una vertiente militarizada o bélica sino que es guerra económica y cultural (Ceceña, 2014).

Bibliografía consultada

- Ceceña (2014), en <<http://www.cronicon.net/paginas/edicanter/Ediciones97/nota01.htm>>
- Feierstein, Daniel (2009). *Terrorismo de Estado y genocidio en América Latina* (Buenos Aires: Prometeo Libros, PNUD)
- Izaguirre Inés (2009). “La ideología de la seguridad nacional: ayer y hoy” en: *Hasta que la muerte nos separe. Poder y prácticas genocidas en América Latina*, Daniel Firstein – Guillermo Levy (compiladores), La Plata, Ediciones Al Margen.
- Klein, Naomi (2007). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Barcelona, Paidós
- Larrea Ana María (s.f.) en <<http://www.redeplan.info/documents/10157/19677/AnaMariaLarrea.pdf>>
- Leal, Francisco (2002). *La seguridad Nacional a la Deriva. Del frente nacional a la Posguerra Fría* (México D.F.: Alfaomega).